

Julio Axel Hueto Cruz

# PUEBLO CHICHIMECA

Cuentos de Día de Muertos



Ilustraciones

Verónica Lizbeth Ramírez Reséndiz

Carina Ríos Urbina





Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, México.

**Lic. Adelfo Regino Montes**

Director General del Instituto Nacional  
de los Pueblos Indígenas

**Mtra. Bertha Dimas Huacuz**

Coordinadora General de Patrimonio Cultural,  
Investigación y Educación Indígena

**Itzel Maritza García Licona**

Directora de Comunicación Social

---

# PUEBLO CHICHIMECA

## Cuentos de Día de Muertos

**Julio Axel Huetto Cruz**

Ilustraciones

**Verónica Lizbeth Ramírez Reséndiz**  
**Carina Ríos Urbina**

Corrección de estilo

**Jashui Jatsiri Pizarro Márquez**

Diseño Editorial

**Carina Ríos Urbina**

Coordinación

**Norberto Zamora Pérez**

MÉXICO, 2021

---



# índice

---

3

Horas fugaces

35

Esperada visita

23

Ofrenda ausente

47

Añoranza

---

# Introducción

El pueblo úza' habita en el estado de Guanajuato, en el pueblo de Misión de Chichimecas. Los éza'r, como se autodenominan, son descendientes de los habitantes de la Gran Chichimeca. Cabe mencionar que la lengua úza' se encuentra en riesgo de extinción. En la región predominan las cactáceas, agaves, pirules, además de liebres, conejos, ardillas, tlacuaches, zorrillos, víboras de cascabel y rascuaches; las aves que vuelan los cielos de esta región son: gavilanes, gorriones y cenizotes.

Para los éza'r, la muerte significa respeto, es por ello que acostumbran poner ofrendas a los familiares que vienen del Mictlán. Los chichimecas, expresan respeto a las tumbas y a los lugares donde ha muerto una persona, es por ello que prohíben pisar las tumbas, pues creen que eso podría molestar el alma del muerto.

En el pueblo de Misión de Chichimecas se cree que existen muertos buenos y malos, a estos últimos, las personas del mundo de los vivos no los quieren recordar porque fueron malos, por ello, los

fallecidos molestan a las personas vivas, en especial a los niños, esto para llamar la atención y les dediquen una oración o les prenda una veladora.

Se dice que cuando los muertos prueban la comida se va el sabor, ¿será cierto?, averígualo con estos cuatro cuentos chichimecas.

En el primero de ellos encontrarás la historia de *Tlapaltic*, un pequeño que visita a sus padres el día 1 de noviembre. En el segundo cuento, acompañarás a *Kusi*, un hombre que el día dos de noviembre visita feliz el mundo de los vivos, sin embargo, se encontrará con algo que no esperaba. En el tercer cuento experimentarás la visita de una mujer que incluso después de la vida sigue amando comer mandarinas, sin importar que sus familiares se percaten de ello. Finalmente, en el cuarto y último cuento, vivirás y llorarás con la historia de doña *Yamil* y don *Canek*, dos ancianos que esperan con ansias la llegada del día dos de noviembre para estar juntos de nuevo.



Horas fugaces



---

## Horas fugaces

**E**l brillo lunar iluminaba la cálida madrugada del pueblo de Misión de Chichimecas. Los magueyes, cactus y nopales se ocultaban bajo la sombra del manto azul índigo. El perfume del copal mezclado con el de las flores de cempasúchil salía por la ventana de la casa de Xaly y Nenet y se esparcía por la comunidad, logrando que todo Guanajuato supiera que era primero de noviembre.

Dentro del hogar de la joven pareja únicamente había dos camas (matrimonial e individual), un refrigerador, una vieja estufa, un comedor con tres sillas y una mesa cuadrada adornada con papel picado de diferentes colores alrededor. Sobre esta, había una veladora encendida, mandarinas, cacahuates, cañas, pan de piloncillo y la fotografía de un niño sonriente de no más de nueve años. Su piel era como la canela, sus ojos como la miel, su cabello negro, largo y con un par de plumas a un costado del rostro que estaba maquillado con líneas rojas en las mejillas, la barbilla y la frente.

— ¿Dónde pongo el vaso con agua? —preguntó Xaly.

—Hay que dejárselo hasta enfrente porque va a llegar con sed —contestó la mujer que vestía un huipil verde pistache.

El hombre hizo caso a su esposa y colocó el vaso de plástico a la orilla de la mesa, luego puso un arco hecho de pirul junto con tres flechas con punta de obsidiana; mientras él acomodaba la ofrenda, Nenet se encargaba de terminar de preparar el plato con mole negro que tanto amaba el pequeño Tlapaltic, la mujer tomó una pizca de ajonjolí y lo esparció en forma de lluvia sobre la pierna de pollo.

— ¿El molito dónde se lo vas a poner?

—Enfrente de su foto —respondió Nenet con una lágrima que se aferraba a su párpado inferior.

Xaly abrazó a su esposa, una vez que la tuvo entre sus brazos le besó la frente y acarició su cabello lacio y azabache. El joven no pudo evitar que de sus ojos se escapara más de una lágrima...

—Nuestro pequeño guerrero ya no está sufriendo —dijo Xaly entre sollozos.

—Tienes razón, a él ya no le duele nada —contestó Nenet limpiándose las lágrimas.

—Hay que apurarnos porque ya no tarda en llegar y tiene que ver su ofrenda lista.

Ambos se miraron a los ojos, limpiaron sus lágrimas y se regalaron una sonrisa. Xaly tomó un puño de cacao molido y lo esparció por toda la mesa para representar la tierra. Después, agarró las flores de



cempasúchil anaranjado y las colocó alrededor de la fotografía del pequeño y las fue deshojando para formar un camino hasta afuera de su casa y así guiar a Tlapaltic. Mientras el joven padre se encargaba de hacer eso, Nenet puso sal sobre la mesa para purificar la ofrenda. Cuando terminó, puso más copal dentro del sahumero que tenía debajo de la mesa, lo prendió y sopló en forma de cruz alrededor de la mesa hasta llegar a la puerta.

— ¿Qué más nos falta? —preguntó Xaly.

—Ya nada más hay que poner la alcancía del xolo para que guíe su alma de vuelta al Mictlán —dijo Nenet entristecida.

Xaly fue por la alcancía del xoloitzcuintle que tenían debajo de la cama pequeña, el cuerpo de esta era color marrón, el joven padre la miró fijamente y no pudo evitar recordar cuando Tlapaltic se la ganó rompiendo tres globos en la última feria a la cual pudo ir...

—Guíalo de vuelta al Mictlán, cuídalo de los muertos malos, te lo encargo.

Tomó la alcancía con ambas manos y la llevó a la mesa, Nenet estaba rezando, así que no la interrumpió. A través de la ventana se podía ver que el cielo ya estaba rosado, las estrellas ya se habían desvanecido y el sol apenas hacía su aparición. La joven madre concluyó con su rezo, Xaly aprovechó para poner al xoloitzcuintle de yeso a un costado del sahumero que aromatizaba el hogar.



—Ya está lista tu ofrenda, cuando quieras te esperamos... —dijo Nenet a la fotografía del pequeño.

El cielo estaba teñido de color malva, el olor a mole, canela, café y copal se respiraba en el alegre ambiente. El largo y ancho puente del Mictlán que conectaba con la vida terrenal estaba tapizado de flores de cempasúchil color anaranjado y amarillo, la felicidad de todos los niños que habían fallecido se palpaba. Al fin había llegado el día de poder visitar a sus familiares. Las risas de los pequeños se escuchaban en todos lados. Para pasar al mundo terrenal primero tenían que subir a una barca que los llevaba al puente de la pasividad, una vez que estaban del otro lado debían bajar los siete que iban a bordo y caminar hacia el viaducto adornado de colores amarillos y anaranjados, ahí les preguntaban sus nombres y el lugar que visitaban para luego dirigirlos hacia el lado que les correspondía.

— ¿Cuál es tu nombre? —preguntó Carmela, una mujer vestida con zapatillas negras, falda de franela roja adornada con triángulos verdes en la bastilla, una blusa de manta blanca con un rebozo esmeralda, un collar de colores y trenzas recogidas alrededor de la cabeza.

—Me llamo Tlapaltic —respondió feliz un niño enjuto, de piel canela, con un penacho de coloridas plumas que ocultaba su glabra cabeza, tenía el rostro pintado como un guerrero Chichimeca y vestía únicamente un taparrabos hecho de la piel de un zorrillo.

La mujer de tez pálida revisó su libreta de cientos de hojas, miró al pequeño y volvió a revisar una vez más.

— ¿Es tu primera visita al mundo de los vivos? —preguntó amablemente Carmelita.

—Sí, morí el trece de diciembre —contestó sonriente el pequeño.

—Eso me hubieras dicho, con razón no te encuentro —respondió sonriendo y cubriéndose con las manos los labios pintados de color cereza.

Carmela que vestía como una galereña escribió al final de su cuaderno el nombre de Tlapaltic.

— ¿Qué lugar visitas? —cuestionó.

—Voy a Misión de Chichimecas.

— ¡Vas a mi tierra, Guanajuato! —dijo emocionada la mujer.

—Sí, voy a ir a ver a mi mami y a mi papi.

—Entonces ya no te entretengo más para que aproveches tu día, debes ir por este camino. Por cierto, se me olvidaba decirte, debes volver al panteón antes de las doce, ahí los recojo y nos regresamos todos juntos.



Tlapaltic asintió con la cabeza y caminó hacia el lugar que le había señalado Carmelita. Ahí caminaban más pequeños de diferentes edades y vestimentas, la mayoría de los niños iba con pantalón y camisa de manta blanca, un paliacate rojo en el cuello y un sombrero. Las pequeñas vestían faldas amplias de diversos colores, blusas bordadas, huipiles y trenzas. Cada que alguien daba un paso sobre las hojas de cempasúchil el cielo se iluminaba de colores como si fueran fuegos artificiales.

—Hola —dijo Pedro, un niño con mejillas rojizas, este vestía una playera verde esmeralda con un león bordado del lado izquierdo y un short blanco.

— ¡Hola! —contestó emocionado Tlapaltic.

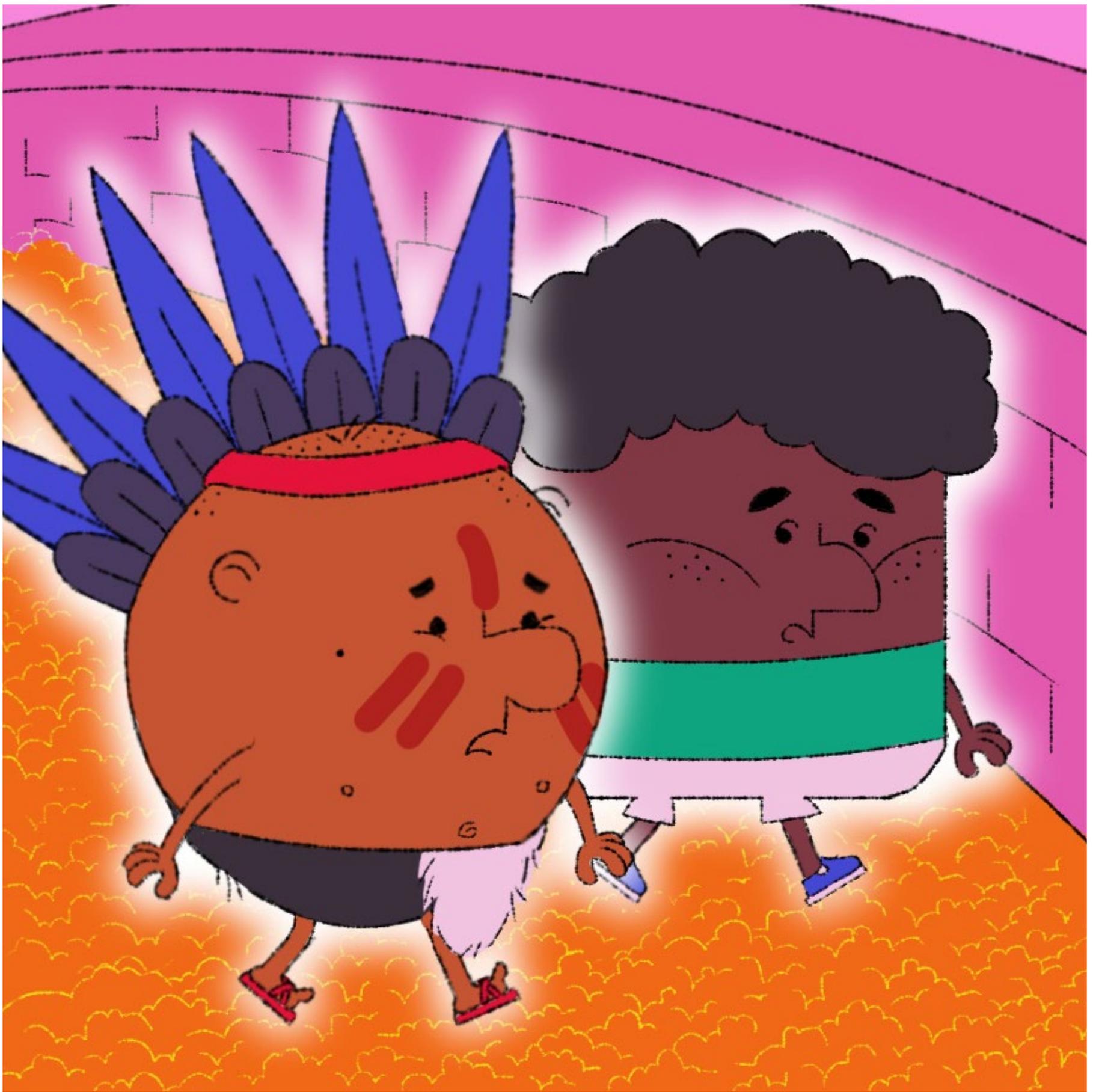
—Es tu primer día de muertos, ¿verdad? —preguntó Pedro.

—Sí, ¿cómo sabes?

—Llevo tantos años visitando a mis familiares que me doy cuenta cuando alguien es primerizo.

— ¿Cómo se siente regresar al otro mundo? —preguntó Tlapaltic intrigado.

—Sólo te voy a decir que es una sensación muy bonita. Oye, una pregunta, ¿cómo es que dejaste de existir en el mundo de los vivos? —preguntó Pedro tomándole el hombro a Tlapaltic.



—Me enfermé—contestó triste.

— ¿De qué te enfermaste amigo? —cuestionó Pedro agarrándole las plumas del penacho a Tlapaltic.

—No sé bien, pero casi diario me sentía muy cansado y en la noche me daba fiebre.

— ¿Nunca te llevaron al doctor tus papás? —dijo preocupado

—Sí, primero me llevaron con una curandera que me puso en medio de cuatro velas y me limpió con un huevo, me dio un té calentito, me baño con humo y me tapó con un jorongo.

— ¿Te sentiste mejor con eso? —preguntó Pedro mientras miraba el cielo.

—No, por eso después me llevaron con un doctor que estaba muy lejos de mi casa, ahí me picaban el antebrazo con una aguja y me dejaban un buen rato sin moverme. El doctor dijo que se me iba a caer un poco el cabello, pero me quedé sin nada —dijo riendo Tlapaltic.

—Sí es cierto, como traes tu mechero no se te ve.

—Se llama penacho —respondió entre risas.

—Perdón, penacho. Oye, está muy bonita tu vestimenta ¿de dónde eres?

—Soy de Misión de Chichimecas.

— ¡Wow! Mis papás me decían que los de ahí sabían cazar muy bien.

—Sí, mi papá me cazó este zorrillo que traigo de taparrabos. También somos una comunidad guerrera.

—Ahora me siento más feliz de ser de Guanajuato.

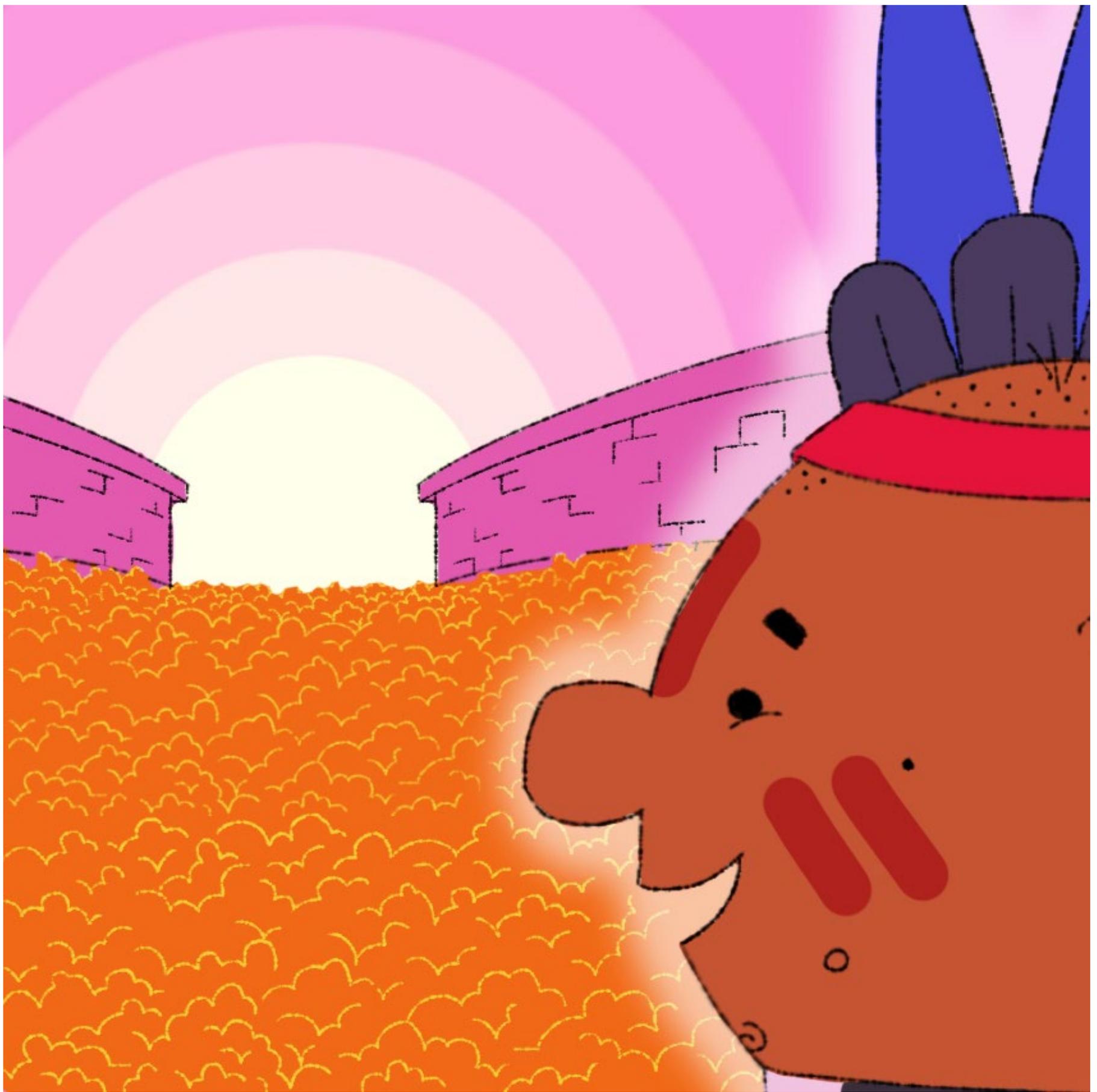
— ¿Tú cómo dejaste de vivir en el mundo de los vivos? —preguntó Tlapaltic.

—Te platico cuando regresemos porque allá está la salida —dijo Pedro y corrió.

Una luz blanca iluminaba el puente de la pasividad y hacía que el rostro de los niños se coloreara de felicidad. Tlapaltic lucía nervioso, pero por dentro estaba emocionado. Se dirigió hacia el destello blanco y se perdió en este. Cuando salió, vio los primeros rayos amarillos del sol, el cielo celeste y las esponjosas nubes blancas. Algunas familias estaban poniendo flores en las tumbas de sus difuntos. El pequeño veía que muchos de los niños y niñas salían corriendo y se iban del panteón.

—No pierdas tiempo, ve a tu casa —dijo Carmelita que estaba detrás de Tlapaltic.

—No sé cómo llegar...



—Sólo debes seguir el olor del copal y cempasúchil que más te guste.

Los ojos de Tlapaltic brillaron, sus fosas nasales buscaron el camino a la que había sido su casa unos meses antes, el perfume a copal que más le gustó provenía de su lado izquierdo, no pudo evitar sonreír, pues, el aroma iba mezclado con el del mole negro. El pequeño se sorprendió, ya que en vida le costaba mucho trabajo identificar los olores.

— ¿Ya sabes dónde está tu casa verdad? —preguntó la mujer.

— Sí, está para allá —contestó Tlapaltic señalando hacia donde estaba la iglesia.

— ¡Disfruta de tu día! —dijo Carmelita sonriendo.

—Oye, ¿los adultos también pueden venir al mundo de los vivos el día que nos toca a los niños?

—Sí y no. Sólo podemos venir quienes fuimos buenos en vida y no tenemos familia que nos invite a su ofrenda.

El rostro de Tlapaltic se entristeció después de oír eso. Carmelita se percató de ello, le tomó la barbilla, sonrió y lo miró a los ojos.

—No es tan malo. Puedo visitar el mundo de los vivos dos días —dijo riendo.

Tlapaltic volvió a sonreír y caminó hacia la entrada del panteón. Muchas personas iban hacia él con flores y comida, se movió para no



chocar con nadie, pero una niña salió detrás de una mujer y corrió hacia él, fue entonces que recordó que su cuerpo era etéreo, pues la niña lo cruzó sin percatarse de su presencia.

Tlapaltic siguió el aroma a copal con suma alegría hasta llegar a la que había sido su casa, esta lucía diferente de como la recordaba, el amarillo de sus paredes estaba triste. El pequeño se paró de puntitas para asomarse por la ventana donde estaba la ofrenda, ahí vio todo lo que sus padres le habían puesto, se emocionó tanto que de inmediato corrió hacia la puerta y se encontró con el tapete de flores de cempasúchil que le había puesto su padre para recibirlo.

Tlapaltic entró a su casa y vio a sus padres que dormían profundamente en la cama matrimonial, se acercó a su madre y le besó la mejilla, luego hizo lo mismo con su papá, estaba feliz de ver a ambos después de tantos meses. Sonrió y fue hacia la ofrenda, quedó sorprendido al ver que le habían puesto su arco, un plato de mole y la alcancía del xoloitzcuintle. Tlapaltic tenía tanta sed que cuando vio el vaso con agua no dudó en beberlo, después, probó con su dedo el mole.

Se escuchó que alguien se paró de la cama, era Nenet. Tlapaltic sintió mariposas volando en el estómago cuando la vio de pie, ella se acercó a la ofrenda donde estaba su pequeño hijo y vio que el plato de mole tenía un dedazo, quedó sorprendida y de inmediato fue a preguntarle a Xaly si él había probado el mole, pero este contestó que no.



Los rayos solares se posaron encima de la casa y el pequeño comió más de lo que le habían dejado en la ofrenda. El sol tiñó el cielo de anaranjado, Nenet y Xaly fueron al cementerio. Tlapaltic aprovechó para jugar a que cazaba al perrito con la flecha y el arco. La luna encendió su luz blanca y la hora de volver al mundo de los muertos llegó. Tlapaltic se despidió de sus padres con un abrazo, apagó su veladora de un soplo, tomó una bolsa de plástico que tenía debajo de la mesa y salió.

— ¿Cómo estuvo tu día? —preguntó Carmelita.

— ¡Estuvo espectacular, ya quiero que sea el próximo año! —contestó emocionado y con las manos en su espalda.

—Se te va a pasar rápido el tiempo, ya verás.

—Oye, ¿te gusta el mole? —preguntó Tlapaltic

—Sí, me encantaba, la última vez que lo probé fue cuando mi familia todavía me ponía en su ofrenda...

— ¡Entonces vas a volver a probarlo!, te traje un poquito —dijo mientras sacaba de su bolsa el plato con mole y la alcancía que lo guiaría en el Mictlan.

Carmelita se veía feliz, tenía muchos años sin poder comer algo. Probó el mole y recordó cuando su abuela lo hacía para ella cada día de su cumpleaños. Cuando terminó de comer, todos los niños entraron

al portal de donde habían salido antes, entre ellos Pedro que fue el último en llegar por estar comiendo todos los manjares que le puso su familia en su ofrenda. Tlapaltic miró hacia atrás, sonrió y tomó la mano de Carmelita, juntos entraron al portal de vuelta al mundo de los muertos.

The image features a decorative border in a vibrant blue color, rendered in a paper-cut or stencil style. The border consists of a repeating pattern of small squares and vertical lines, forming a grid-like structure. At the center of this grid is a stylized vase with a wide rim and a narrow neck, containing a single five-petaled flower. The vase is flanked by two leafy branches that curve upwards and outwards. The entire design is set against a white background.

Ofrenda ausente

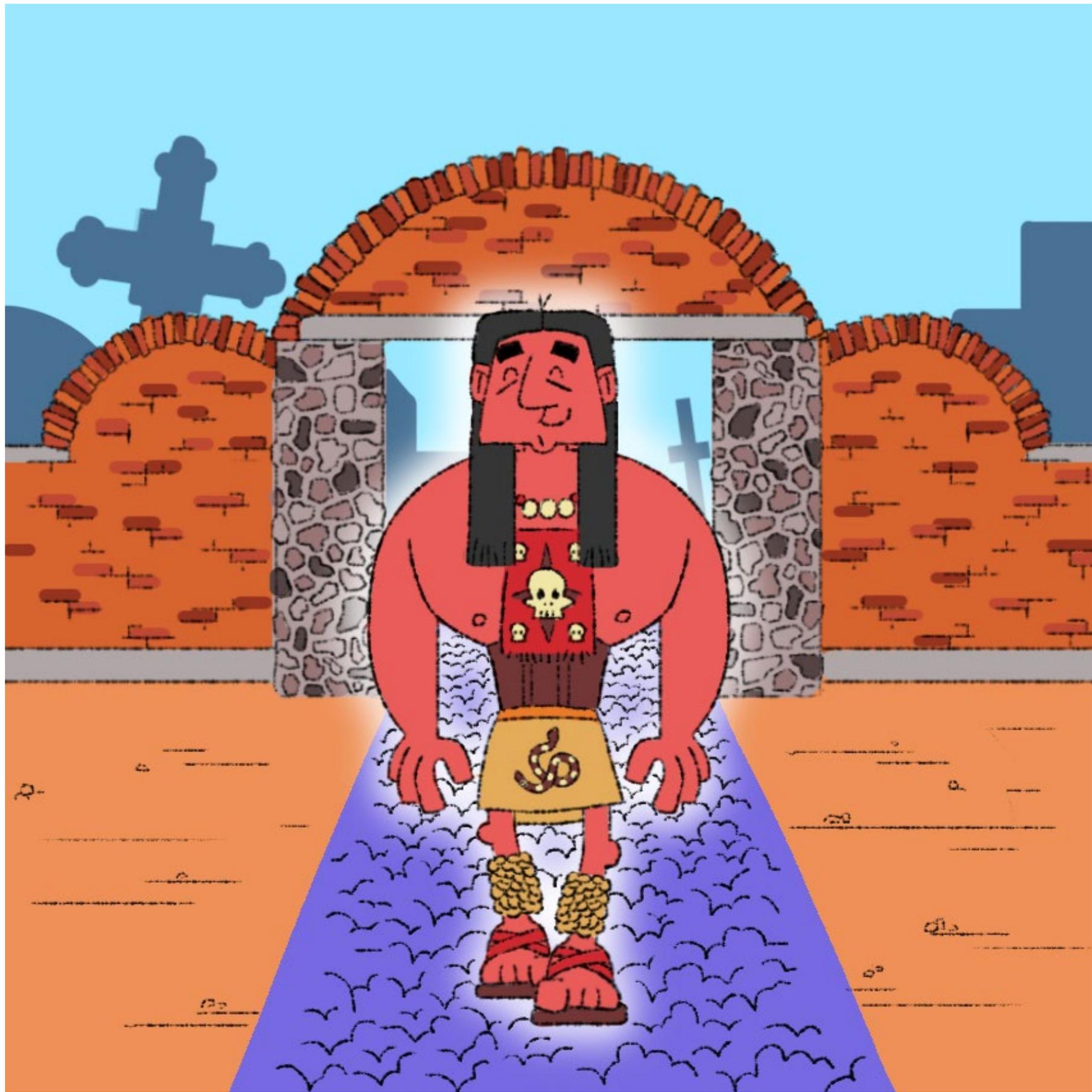


---

## Ofrenda ausente

El pueblo de Misión de Chichimecas estaba perfumado con el peculiar olor a día de muertos. De cada una de las casas se esparcía el aroma de las flores de cempasúchil, las veladoras y los alimentos de las ofrendas. La fiesta de los difuntos había iniciado cuando los rayos del sol aún no aparecían. La mayoría de las mujeres adornaban sus casas por dentro y por fuera con papel picado de colores, para recibir a sus esperados visitantes, mientras tanto, los hombres extraían aguamiel de los agaves, para ponerlo a sus difuntos en sus ofrendas. El panteón del pueblo, como cada año, estaba poblado por muchos niños y niñas que se daban a la tarea de embellecer las tumbas de sus familiares éza'r. En la entrada había alfombras hechas con aserrín pintado y semillas.

Detrás de una lápida con el nombre de Kusi, un hombre fuerte, de cabello largo y negro se ocultaba, era la primera vez que visitaba el mundo terrenal en forma de espíritu. Cuando vio que los niños se iban, aprovechó para salir corriendo del panteón, una vez afuera, su rostro cambió, ya no estaba asustado, ahora no dejaba de sonreír, pues iba a visitar a su esposa.



Kusi caminó rumbo a la que había sido su casa, pasó por la plaza, vio un par de calacas enormes vestidas como galereñas, quedó sorprendido, pues en todos los años que había vivido jamás habían puesto esos adornos. Siguió caminando a su casa, tenía muchas ganas de ver a su esposa y beber el agua de su ofrenda. Cuando llegó a la esquina de la calle donde estaba su hogar, vio a Yuuban, su esposa, salía con una bolsa de ixtle. Inconscientemente una sonrisa se dibujó en su rostro, la veía más hermosa que nunca.

—Buenos días don Ameyal —dijo Yuuban con una sonrisa.

—Buenos días niña, ¿ya vas al mandado? —preguntó el hombre de cabello blanco que cargaba un acocote.

—Sí, voy a aprovechar antes que haga más calor... —respondió la joven mirando al cielo.

Don Ameyal, la despidió moviendo la mano, Yuuban le sonrió y siguió su camino. Iba hacia la esquina donde estaba Kusi parado, este, se sintió vivo a pesar de no estarlo. La mujer pasó junto al espíritu de su esposo y este le quiso tomar la mano, al no poder lograrlo se sintió abatido.

Cuando llegaron a la plaza, Yuuban se asombró con las enormes calaveras que estaban en la entrada, le parecieron muy bellas. Entró y caminó hacia las personas que vendían fruta, verdura, carne, pulque y tortillas hechas a mano; a Kusi se le antojó la bebida de los

dioses y le susurró a su esposa que comprara un poco, esta, se acercó a la mesa que tenía dos vitroleros transparentes con liquido de color lechoso.

—Buenas días, ¿me puede vender un litro de pulque, por favor?

Con ayuda de un cucharón de acero el hombre vertió pulque en un jarrón grande y se lo dio a Yuuban, esta sacó un billete del monedero que ella misma había tejido y pagó. Kusi sonrió mostrando su blanca dentadura.

— ¿Le puedo dejar encargado mi pulque?, voy a comprar mi mandado y regreso.

La sonrisa de Kusi se esfumó, pues ya tenía muchas ganas de poder beber pulque para saciar su sed. Yuuban caminó hacia el puesto de carne, su esposo no se percató de ello por estar viendo el jarrón de barro donde le habían vendido el néctar de los dioses.

—Doña Zeia, ¿todavía tiene moronga?

—Sí, todavía me queda poquita.

Kusi escuchó la voz de su esposa y comenzó a buscarla, cuando la encontró se acercó a pasos agigantados a ella y le pidió que le comprara cecina. La mujer al parecer lo escuchó porque pidió medio kilonalmente a su casa. Kusi tenía muchas ganas de entrar a su hogar



para beber pulque y comer todo lo que le había puesto Yuuban en la ofrenda.

Ambos regresaron por el camino empedrado por donde habían ido antes, el sol quemaba más que antes, por ello, Yuuban decidió irse por el lado de la sombra. Cuando llegaron a su casa, Kusi quedó boquiabierto, las paredes del exterior ya no eran blancas, ahora estaban teñidas de verde, su color favorito. El hombre no pudo evitar emocionarse por el detalle que había tenido su esposa con él para recibirlo el día de muertos. La mujer dejó el jarrón y la bolsa de ixtle sobre el piso de tierra para abrir la puerta. Primero entró a dejar la bolsa, después salió por el pulque y lo puso sobre la mesa. La puerta quedó abierta hasta que entró Kusi.

Yuuban abrió las ventanas para que se refrescara la casa. El hombre se sentó en una de las sillas que estaban junto a la mesa, no le quitaba la mirada al pulque. La joven esposa sacó de la bolsa todo lo que había comprado en la plaza y lo dejó sobre la mesa, cuando Kusi vio las mandarinas pensó tomar una, sin embargo, decidió no hacerlo, pues si lo hacía, su esposa se percataría que estaba ahí y quizá se espantaría. Mientras el espíritu del hombre pensaba en si tomar o no la mandarina, Yuuban sacó de la alacena de madera un jarro de barro negro y sirvió pulque.

Tocaron la puerta bastante fuerte, eso hizo que Kusi saliera de la especie de trance y volteara a ver a su esposa y el pulque que estaba recién servido, el joven hombre no pudo evitar emocionarse al ver el

elixir servido en el jarro. Yuuban caminó hacia la puerta con su sonrisa característica.

— ¿Quién? —preguntó alargando la pregunta.

— ¡Soy yo, Litza! — contestó afuera una voz femenina.

Yuuban abrió la puerta de metal blanco, ahí estaba doña Litza, una mujer de baja estatura, con algo de sobrepeso y cabello castaño. Mientras la joven viuda platicaba, Kusi aprovechó para beber un trago de pulque y saciar la sed que le produjo caminar por el puente entre la vida y la muerte.

—Nada más venía a pedirte tantita azúcar para el atolito que le preparé a mis difuntitos —dijo doña Litza.

—Sí es cierto hoy es día de muertos... Espéreme tantito, deje vea si tengo —respondió amablemente Yuuban.

La joven sacó del mueble de la alacena un bote de plástico blanco y revisó si tenía suficiente azúcar. Al ver que sí, lo llevó con ella a la puerta. Una vez que Yuuban estaba cerca de la entrada, Kusi tomó un sorbo más del jarro.

—Sí, aún tengo un poquito de azúcar.

—Hay que bueno, me evitaste ir hasta la tienda —dijo agradecida la mujer y le dio la taza de porcelana que llevaba.



—No le regalo más porque yo también voy a usar —manifestó apenada la joven.

—No te preocupes Yuubita, con esta que me regalaste me alcanza. ¿Qué le hiciste a Kusi para recibirlo?

—Nada, yo creo que los muertitos no pueden visitarnos —contestó Yuuban con una risita.

—Cada quien tiene sus creencias, si tú no crees, está bien —respondió sonriendo.

Doña Litza se fue, Yuuban cerró la puerta, dejó el frasco con azúcar en su lugar y bebió pulque, hizo una cara de extrañeza, tomó un poco más, lo mantuvo en su boca para tratar de tomarle sabor, pero no lo logró. Kusi, escuchó todo lo que había dicho la que en vida había sido su esposa y se entristeció, fue entonces que se percató que en su casa no había una ofrenda esperándolo y que no la iba a haber...

—No sabe a nada el pulque —dijo susurrando Yuuban.

—A mí este día tampoco me sabe ya a nada... —expresó entre sollozos Kusi.

El dolido hombre se levantó de la silla de madera, se acercó a Yuuban que estaba sentándose junto a la silla donde él estaba. Puso su mano sobre la de ella, le besó la mejilla y caminó hacia la puerta con el semblante caído y la cara mirando hacia Yuuban, quien pelaba una mandarina con alegría.

Kusi salió de la casa y se dirigió al cementerio, en el camino se encontró con difuntos que entraban felices a sus casas para degustar los alimentos que les habían preparado sus familiares, él soltó una sonrisa y trago saliva amarga. Cuando llegó al panteón, muchas familias estaban ahí con comida, bebida y música. Kusi se sentó sobre su deteriorada tumba a esperar que el día dos de noviembre culminará para olvidar que ya lo habían olvidado.



The image features a decorative orange paper-cut style border. At the top and bottom, there are rows of semi-circular scalloped patterns. The central area is filled with a grid of vertical and horizontal lines, creating a lattice or fence-like pattern. In the center of this lattice, there is a silhouette of a basket filled with various fruits, including what appears to be an apple, a pear, and some smaller round fruits. On the left and right sides, there are stylized leafy branches. In the bottom right corner, there is a small silhouette of a house or building. The text "Esperada visita" is written in a simple, orange, sans-serif font across the middle of the lattice.

Esperada visita



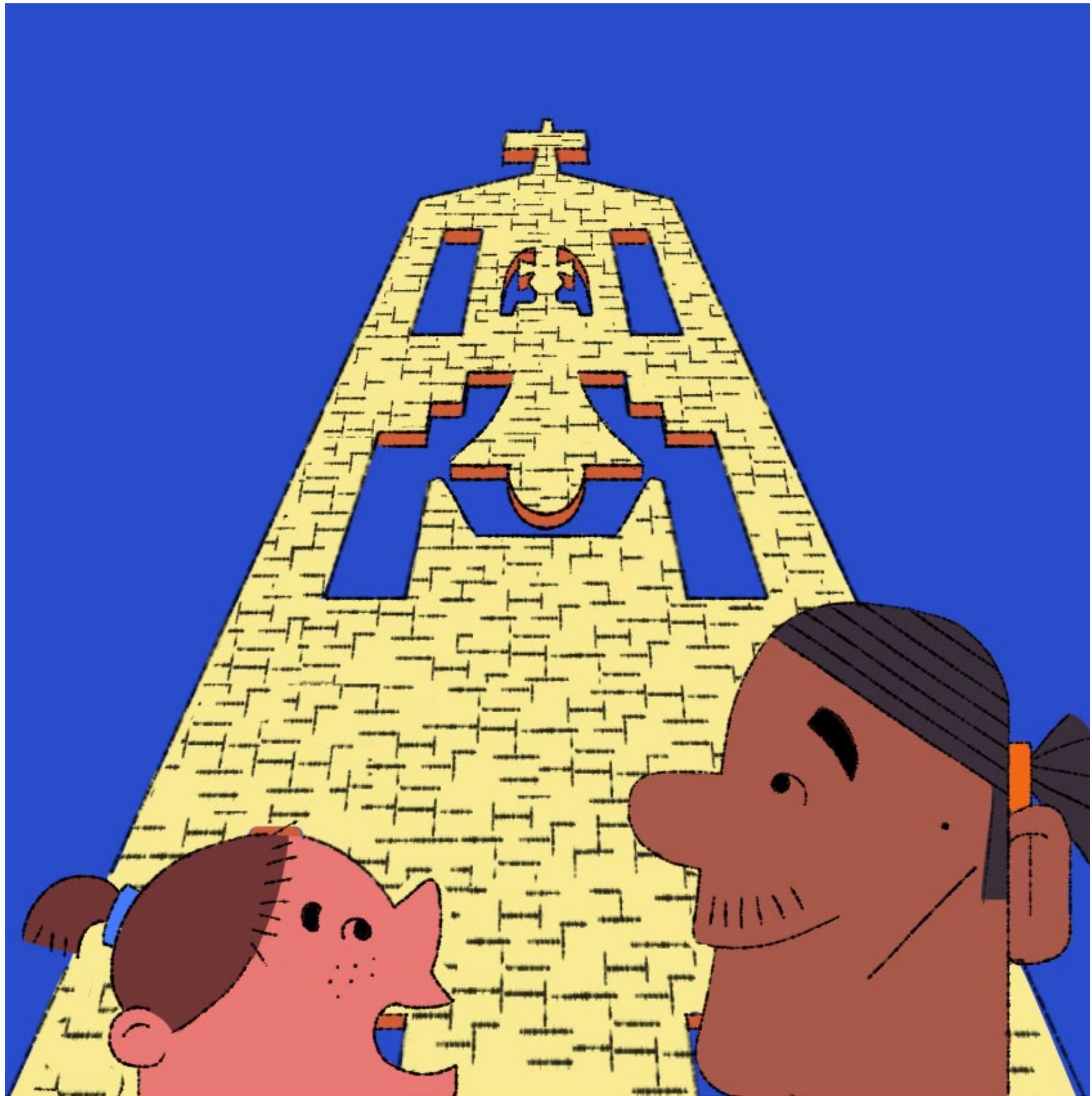
## Esperada visita

Aquella noche del primero de noviembre, el cielo de Misión de Chichimecas estaba más oscuro que nunca, no había ni una estrella. La iglesia estaba más bella que nunca, en la puerta había un chimal que los mismos habitantes del pueblo realizaron durante dos semanas.

Al caer la tarde, la capilla del pueblo se iluminó con focos amarillos que hacían que las personas del pueblo estuvieran expectantes de tan hermosa postal. Los habitantes de Misión de Chichimecas que habían entrado a la iglesia a bendecir los alimentos que iban a poner en sus ofrendas, salieron y pudieron observar por qué sus vecinos y amigos estaban maravillados con lo que estaban viendo. Entre ellos Itati, Ariché y Bej.

—Quedó muy bonita la iglesia papi —dijo Itati, una niña que vestía una blusa de manta azul y una falda rosa.

—El chimal les quedó precioso, Bej —comentó Ariché, una mujer con blusa roja y falda amplia de color negro.



—A mí también me gustó —respondió con una sonrisa Bej, un hombre de cabello largo que vestía pantalón y camisa de manta beige.

Los tres se acercaron a ver de cerca el chimal que había hecho Bej con ayuda de otros hombres en el cerrito de Misión de Abajo. El esqueleto del chimal era de carrizo y estaba cubierto con cucharillas de sotol, amarradas con ixtle. El chimal era de tres pisos, en el primero había un águila; en el segundo una campana y en el tercero una cruz.

—Hay que movernos de aquí, ya van a bailar —dijo Bej a su esposa e hija.

En cuanto la familia se movió, un grupo de danzantes que vestían: cactlis, ayoyotes, taparrabos de pieles de animales que ellos mismos habían cazado, penachos de plumas coloridas, largos cabellos y rostros maquillados; comenzaron a bailar alrededor del chimal que sostenían otros integrantes. Danzaron y danzaron hasta que llegó la medianoche. Cuando dieron las doce, la iglesia se apagó y Misión de Chichimecas quedó en penumbras.

El sonido de los huéhuetl era lo único que podía escuchar cada espectador. En seguida, un cañonazo se oyó detrás de la iglesia, nadie sabía qué había sido. Todos se impactaron al ver en el cielo una bola de fuego azul celeste que se fue expandiendo hasta a barcar gran parte del oscuro manto. Algunas chispas cayeron como si fuera diamantina desprendiéndose de la gran esfera. Una

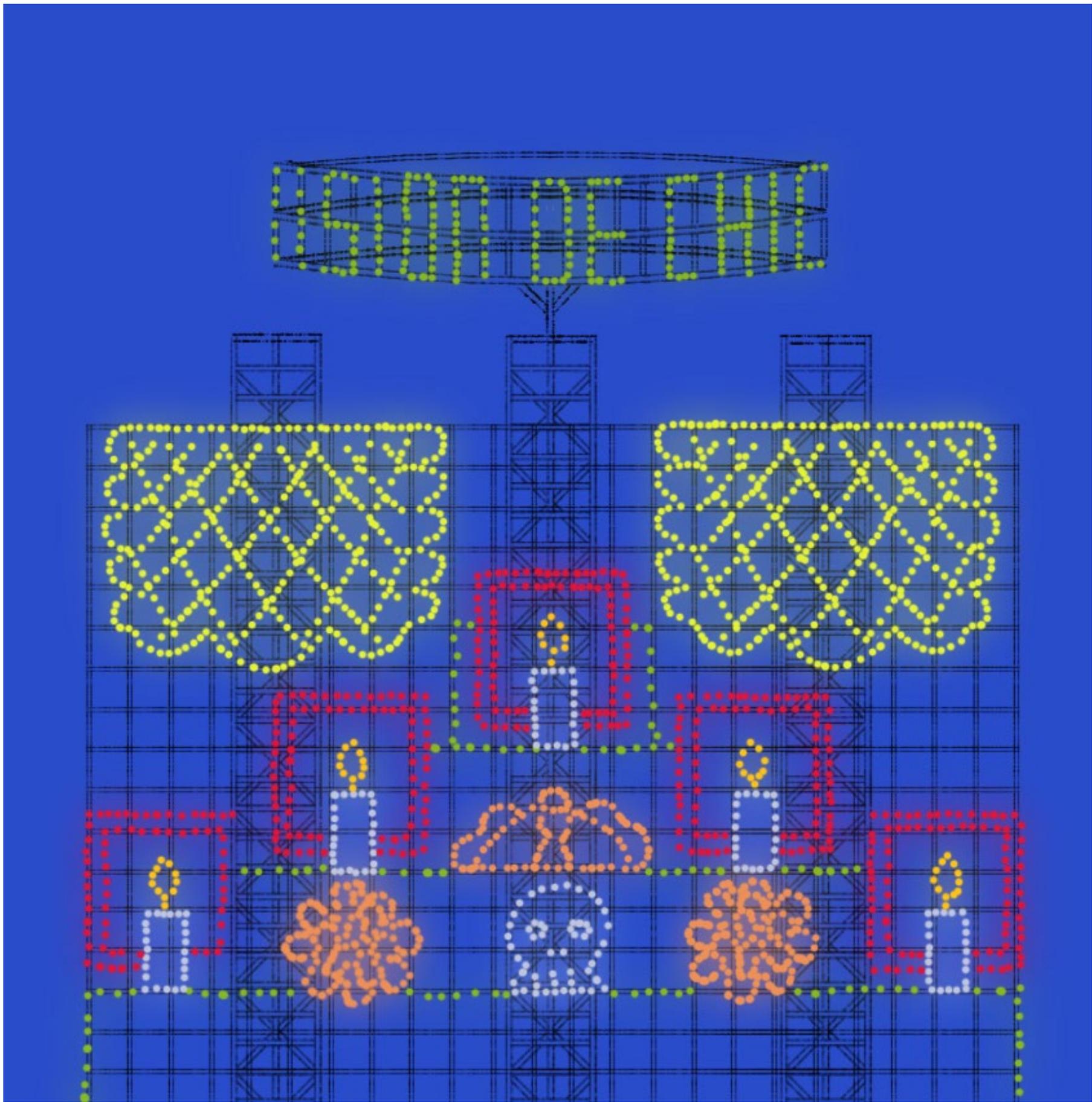
vez que no quedó rastro del fuego artificial, se oyeron más cañonazos. En el firmamento aparecieron estallidos que pintaron el cielo de rojo, azul y amarillo. La iglesia se volvió a encender y las personas gritaron de emoción por el espectáculo que habían presenciado.

—Papi, ¿tú sabías que iban a echar cuetes? —preguntó Itati.

—No, no sabía hija —negó mirando a la pequeña—. Yo pensé que nada más iban a prender el castillo.

Algunas de las personas que habían bendecido sus alimentos para poner en sus ofrendas se retiraron y caminaron hacía sus hogares. Bej, Ariché e Itati se quedaron afuera de la iglesia para ver la quema del castillo pirotécnico. Estaban impacientes por ver qué figuras iban a aparecer una vez que lo encendieran. Un hombre se acercó con un cerillo, lo prendió y luego lo acercó a una mecha que generó una serie de pequeñas chispas. De inmediato el valiente hombre se alejó.

El castillo comenzó a iluminarse de abajo hacia arriba, hasta quedar alumbrado completamente. Fue entonces que vieron que el castillo simulaba una mega ofrenda de siete pisos, con papel picado, retratos, panes de muerto, flores de cempasúchil, calaveritas y velas. En la parte de arriba decía “Misión de Chichimecas”. Luego de unos minutos el castillo de luces se apagó y las personas se esfumaron poco a poco hasta dejar deshabitada la iglesia .



Ariché y su familia volvieron a su casa por un camino empedrado, querían llegar a poner la ofrenda para su mamá, doña Malén, quien tenía cuatro años de haber fallecido. Una vez que estuvieron en su hogar, Itati corrió a su cuarto para agarrar la fotografía de su abuelita que tenía bajo su almohada. Mientras tanto, Ariché escombró la mesa y acomodó siete pequeños escalones hechos con adobe. Luego los cubrió con un rebozo azul cielo. La pequeña regresó con una fotografía donde su abuelita estaba cocinando y le pidió a su papá que la pusiera en el escalón más alto.

Itati y su madre se pusieron a acomodar la ofrenda, sobre los escalones pusieron: calaveritas de azúcar, las cinco veladoras (que Bej prendió para su suegra, su padre, su madre, su hermano y su tía), las fotografías de los difuntos, pan de muerto, cacahuates, cañas, tejo-cotes, vasos con aguamiel, jarros con café, flores de cempasúchil sin tallo, elotes y mandarinas, la fruta favorita de doña Malén.

En lo que sobraba de la base de la mesa, pusieron cacao molido, un cenicero, un puño de sal, cinco vasos con agua, calaveritas de chocolate, platos de barro con mole verde, tamales, enchiladas mineras, caldo de oso, pico de gallo con xoconoxtle y papel picado de colores. Una vez que terminaron de arreglar la ofrenda, Bej, prendió el sahumero y rezaron por aquellas almas que no tenían una familia y para que sus difuntos encontraran la luz que los guiara a su hogar.

—Abue, espero que te gusten los tamalitos, yo ayudé a amasar —susurró Itati mirando a la fotografía de doña Malén.

—Les hicimos está ofrenda con mucho cariño para que vengan a esta que fue, es y siempre será su casa —dijo Ariché.

Al terminar de adornar y ofrendar los alimentos en el altar, los tres se fueron a sus camas para descansar, pues a la mañana siguiente irían al panteón. Luego de un par de horas, se escuchó un ruido cerca de la cocina, Bej, despertó y esperó hasta oír aquel sonido de nuevo. Parecía que estaban abriendo los cajones de la alacena, el hombre dudó en levantarse, sin embargo, lo hizo de manera sigilosa para no despertar a su esposa e hija. Se puso de pie, las piernas le temblaban, se apoyó en la pared y se asomó por la puerta, pero el ruido se esfumó. Bej encendió la luz del comedor y miró hacia la ofrenda, las flama de las veladoras estaban estáticas, excepto una, la de su suegra, doña Malén.

—Usted siempre queriendo estar en la cocina... —dijo sonriendo.

Bej caminó hacia su cama, pero mientras iba de vuelta a su cuarto, escuchó que algo había caído, no parecía ser nada de vidrio ni tampoco pesado, pues no había sido un ruido fuerte, sino algo blando. El hombre tragó saliva, respiró hondo y volteo, era una mandarina que estaba a un costado de una de las patas de la mesa. Dudó en levantarla, no obstante, lo hizo, aunque la mano le temblaba como si tuviera frío. Puso la mandarina sobre la mesa y volvió apretando los puños y los párpados, esperando no oír otro ruido. Quizá su suegra y sus difuntos se percataron de ello porque después ya no se escuchó nada más.



El sol apareció en el cielo lleno de nubes algodonosas, era una mañana cálida. Itati despertó sudando, los cabellos de su frente estaban húmedos, recordó que la noche anterior había llegado su abuela materna y demás familiares. Se levantó de la cama y fue de inmediato hacia la ofrenda. La pequeña se llevó una gran sorpresa, pues de todas las mandarinas que había puesto la noche anterior, sólo quedaban dos. Su rostro expresó asombro, arqueó las cejas y los ojos se le agrandaron, no podía creer lo que estaba viendo.

— ¡Mami, mi abue vino anoche! —gritó con alegría.

—Sí, todos los muertos que son adultos vienen el dos de noviembre —gritó Ariché desde el cuarto.

—Pero es que vino y se acabó casi todas las mandarinas que pusimos en la ofrenda.

Entre sueños Bej oyó lo que había dicho su hija, recordó lo que había pasado en la madrugada y quedó boquiabierto, el corazón le latió más rápido. Miró a su esposa.

—Nos quiere hacer una broma la niña —susurró Ariché.

—No es una broma, ayer una mandarina se cayó —dijo asustado el hombre.

—Ahora entiendo... los dos me quieren hacer una broma —interrumpió la mujer a su esposo y sonrió.

Ariché se levantó de la cama, hizo el desayuno y se sentaron los tres a comer. Itati se veía feliz porque su abuelita había los había visitado, Bej estaba confundido por lo que había pasado y la mujer estaba asombrada porque creía que su esposo e hija estaban actuando para que ella creyera lo que le habían dicho.

Desde la cocina, doña Malén comía un gajo de mandarina mientras veía a su hija, yerno y nieta sentados en el comedor.





Añoranza



---

## Añoranza

La vieja mesa de madera lucía igual de colorida que el año pasado, tenía papel picado, flores de cempasúchil, aguamiel, café y atole. Estaba tapizada con mandarinas, cañas, jícamas y deliciosos platillos (que recién había hecho) como enchiladas mineras, caldo de oso y el capone de nopales con xoconoxtle, este último era el platillo favorito de don Canek.

Doña Yamil prendió el sahumero y sopló con delicadeza formando una cruz mientras rezaba e invitaba a sus difuntos a su hogar. Cuando terminó, encendió las cuatro veladoras que tenía frente a las fotos de sus seres queridos: Quillén, su padre; Asiri, su madre, Nahuel, su hermano y Canek, su esposo.

Doña Yamil, tomó su rebozo verde con vivos dorados y se asomó por la puerta de su hogar. Afuera, el cielo estaba encapotado con nubes grises que no permitían que la luna alumbrara al pueblo de Misión de Chichimecas. El frío otoñal envolvió el lugar y muchos de los habitantes se abrigaron, pero eso no impidió que las personas celebraran el día en que los muertos visitan el mundo de los vivos. Vecinos chichimecas adornaron sus casas, otras personas se dirigieron al panteón con ollas de barro llenas de comida. La anciana volvió a su



hogar, tomó un jarro con agua, un ramo de margaritas y salió rumbo al panteón del poblado.

En la entrada del cementerio había un tumulto de gente esperando el momento de entrar a visitar las tumbas de sus difuntos, algunos de ellos sostenían en sus manos velas encendidas para alumbrar dentro del recinto. Una vez que doña Yamil entró al panteón, se percató que el suelo de tierra estaba forrado por flores de cempasúchil, como cada año, el ambiente se percibió alegre y un poco triste, sin embargo, todo estaba perfumado por el exquisito copal. El viento estaba acompañado por el sonido del huéhuetl que tocaba un hombre de cabello largo con un cráneo de un borrego en su cabeza.

—Buenas noches doña Yamil —dijo una joven con su esposo e hijo.

—Hola, Citlali, buenas noches —contestó la mujer mayor.

— ¿No trae vela? —preguntó amable Citlali.

—No, me salí y se me olvidó traérmelo —dijo apenada.

—Si quiere le prestó la mía para que se alumbre, nosotros traemos otras dos.

—Bueno, si me la prestas te agradecería bastante —respondió doña Yamil con una sonrisa.

Citlali le dio una vela que ya tenía rato prendida, pues parecía ser la mitad de la vida de la chorreante candela. La mujer de edad avanzada caminó hasta el fondo del cementerio alumbrándose con la luz de la flama. Pasó junto a varias familias que comían alrededor de las tumbas de sus difuntos. Doña Yamil, abrió más sus pequeños ojos para buscar la tumba de don Canek, pues a pesar de llevar muchos años visitándolo, siempre le costaba trabajo encontrar donde estaba enterrado, pues pensaba que su esposo se había escondido de ella para hacerla batallar igual que cuando estaba en vida. Finalmente encontró la lápida de suelo color gris de don Canek, la cual tenía escrito su nombre y una leyenda: “Nos veremos pronto, mientras tanto, no olvides que vives en mi corazón”. La mujer nunca había querido terminar de leer el final de aquellas líneas que estaban escritas sobre la tumba de su amado, pues sentía una gran tristeza al recordarlo.

—Ahora me costó menos trabajo encontrarte —dijo doña Yamil entre risas que luego se convirtieron en sollozos. Con lágrimas en los ojos, la viuda puso el ramo de margaritas dentro del florero que estaba frente a la lápida. Luego, dejó el jarro con agua donde estaba el nombre de su difunto esposo y se sentó con gran dificultad sobre la tumba—. Cani, no pasa un día en que no te extrañe —manifestó en voz baja la mujer.

Un grupo de hombres con cabello largo, rostros y cuerpos pintados con franjas blancas, taparrabos de piel de animales (zorro,



tlacuache y conejo), cactlis y ayoyotes en ambos tobillos; bailaban al son de la danza autóctona chichimeca. Los danzantes acompañan el sonido del huéhuetl con las ayacachtli que traían en ambas manos. Las nubes se esfumaron del cielo y el manto azul petróleo permitió que las estrellas y la luna iluminaran el panteón. Los danzarines salieron del cementerio bailando y cantando: “Soy hijo de la naturaleza, la naturaleza es mi madre”, la música se fue alejando hasta que no se escuchó nada. Doña Yamil no pudo evitar ver a don Canek en la cara de todos los danzantes, pues su difunto esposo cuando era joven era un danzante con el cabello igual de largo que ellos.

—Cani, hoy no te traje comida —dijo apenada.

—Yami, tú me alimentas con tus visitas, me haces sentir vivo —respondió feliz don Canek, aunque su esposa no pudo escucharlo a pesar de estar sentado a su lado.

—Pero no creas que no te traje comida porque se me olvidó preparártela, lo que pasa es que la dejé en la casita para que aproveches que tienes permiso de visitar la casa —dijo sonriente y las arrugas de su rostro se marcaron.

—Seguro te quedó riquísimo lo que preparaste —contestó don Canek mojóndose los labios con la lengua.

—Te puse tu almohada en la cama para que descanses ¿Te acuerdas que cuando nos fuimos a vivir juntos, te daba pena decirme que no

podías dormir con otra almohada que no fuera la tuya? —preguntó riendo.

—Es que estaba suavecita—dijo avergonzado...

—Aunque la verdad estaba muy cómoda porque estaba bien suavecita.

Pasaron horas platicando sobre recuerdos que escribieron juntos durante los cincuenta y tres años que estuvieron juntos, mientras más hablaban, parecía que doña Yamil oía lo que le preguntaba su esposo.

—Ya se siente frío Cani... —dijo doña Yamil quien se frotó las manos y se abrigó con el rebozo.

—Yami, ya se fueron todos del panteón y no nos dimos cuenta —dijo don Canek riendo.

—Siempre que platicamos el tiempo se nos pasa rapidísimo. ¿Nos vamos a la casita? —preguntó riendo y con lágrimas en los ojos.

Don Canek asintió con la cabeza, le dio un beso en la frente a su esposa, e intentó secarle la lágrima que resbalaba por la mejilla. Ambos se levantaron de la lápida y caminaron hacia la salida del panteón tomados de la mano. La luz de la luna los acompañó e iluminó el camino hasta su hogar.



同同同同

Cuando llegaron a su casa, doña Yamil abrió la puerta de madera que rechinó y detrás de ella entró don Canek. El hogar estaba oscuro, las veladoras de la ofrenda lo iluminaban. El hombre se acercó a la mesa, bebió un sorbo de aguamiel y un poco de su platillo favorito, pues ya no quedaban más alimentos ni bebidas, pues su cuñado y sus suegros habían visitado la casa mientras él y su esposa estaban en el panteón. Doña Yamil encendió las luces de la casa, se acercó a la ofrenda y miró la foto de su difunto esposo.

—Espero que te guste el capone de nopales —dijo doña Yamil sin quitar la vista de la foto de don Canek.

La mujer se sirvió un vaso con agua, lo bebió y caminó hacia su cuarto con pasos lentos por lo cansada que estaba. Don Canek vio a su esposa cuando se iba, le pareció más hermosa que cuando se conocieron.

—Mientras terminas de cenar voy a cambiarme —dijo doña Yamil.

Don Canek terminó de cenar y se fue a la cama, doña Yamil estaba recostada sobándose el brazo izquierdo, movió despacio su cuello de un lado a otro, su rostro denotó dolor y cansancio.

— ¿Te sientes mal Yami? —preguntó preocupado el hombre.

—Este dolor de brazo nada más no me deja... —dijo en voz baja doña Yamil.

El hombre se recostó a un costado de su esposa, la abrazó, le dio un beso en la mejilla y le tomó la mano. La frecuencia cardiaca de doña Yamil fue disminuyendo cada vez más...

—No tengas miedo, la diosa Mictecacíhuatl no es tan mala como se cree... yo estoy contigo.

Doña Yamil, sonrió, exhaló aliviada y tranquila. Tan pronto soltó un suspiro largo dejó de respirar y perdió el conocimiento.

— ¡Cani, por fin estamos juntos! —dijo el espíritu de doña Yamil con una sonrisa y abrazó a su amado.

Don Canek la miró y se aferró a ella. Ambos se fundieron en un largo abrazo, luego, caminaron de vuelta al panteón, doña Yamil llevaba tomado el brazo de su esposo. Frente a la tumba de su esposo, la mujer por primera vez terminó de leer la leyenda que por años evadió.

— “Nuestros corazones estarán juntos en la eternidad” —pronunció en voz alta doña Yamil, mientras sentía la mano de su esposo apretando la suya.





**INPI**

INSTITUTO NACIONAL  
DE LOS PUEBLOS  
INDÍGENAS



MÉXICO, 2021

